

puertos é islas del Mediterráneo y del Adriático por los ingleses. Se pasaron en silencio, comprendiendo la imposibilidad de entenderse acerca de ellas, cuestiones importantísimas, como las relativas al derecho marítimo de los neutrales, al Piamonte, á Génova y á Toscana. Por esta causa, los preliminares de Londres, celebrados con tanto alborozo en los dos países, eran más bien una suspensión de armas que un arreglo precursor de la paz definitiva, y aun así, había sido preciso, para obtener el consentimiento de la Gran Bretaña, que Pitt se colocara resueltamente al lado de los amigos de la paz, asociándose á Hawkesbury, primero como auxiliar y muy pronto como director.

Al día siguiente, llegó la noticia de la capitulación de Alejandría, ocurrida el treinta de Agosto. «Ha sido una fortuna no haberlo sabido antes, dijo Hawkesbury, porque entonces habríamos tenido que pedir más.» El primer Cónsul, tranquilo ya en cuanto á Inglaterra, no paró hasta ajustar paces con Turquía, Baviera, Portugal, que debió satisfacer en concepto de indemnización, no quince millones, sino veinticinco, y por último, con Rusia: realmente, el estado de guerra con esta potencia había cesado desde hacía mucho tiempo. De igual modo que en los preliminares de Londres, en el tratado franco-ruso se omitió hablar de algunos puntos espinosos, como el concerniente á la restauración del rey de Cerdeña, y otros se tocaron á la ligera: pero se declaró que las dos naciones obrarían de acuerdo para establecer en Alemania una división territorial que respetara el equilibrio europeo, prometiendo Francia, en particular, hacer cuanto pudiese en obsequio de Baviera, Wurtemberg y Baden. Mediante esta cláusula, favorable á los amigos de Rusia, Bonaparte se aseguraba de antemano el concurso del Czar en los vastos designios que tenía acerca de la futura constitución germánica, á saber: convertir á Alemania en mera expresión geográfica, organizándola bajo la forma de un conjunto de Estados independientes, en que Prusia y Austria, favorecidas en desigual proporción en el reparto para que sus fuerzas se equilibrasen y su rivalidad se perpetuara, fueran empujadas, la primera al norte y la segunda al sud, hacia el oriente, mientras en el oeste se les oponía un grupo de territorios de distinta extensión, ninguno tan pequeño que no se bastase á sí mismo, ni tan grande que pudiera prescindir de la protección de Francia contra aquellas dos potencias, si se intentaba alguna vez resucitar el Imperio. Claro es que todo esto requería tiempo, y que, al ser realizado, habría de alterarse en porción de detalles; mas la disolución del Santo Imperio Romano, que era el eje del plan, revestía el carácter de hecho inconcuso desde que se firmó el tratado entre Francia y Rusia. Reducida Austria á la impotencia, asociadas Prusia y Rusia á las miras de Bonaparte, retraída Inglaterra, las victorias de las armas francesas habían decidido de la suerte de Alemania. La revolución proseguía su triunfante marcha é iba á hundir en el abismo los últimos vestigios de la Edad Media, que sobrenadaban en Europa en medio del general naufragio.



CAPÍTULO TERCERO

El Consulado por vida.

MIENTRAS el nombre de Bonaparte era repetido por los ecos de la fama de un confín á otro de la tierra, en Francia caminaban rápidamente á su total desaparición las instituciones republicanas.

Próximo el catorce de Julio cuando regresó á París, después de su última y afortunadísima campaña, el primer Cónsul, quiso éste que se celebrase con la mayor solemnidad el aniversario de la toma de la Bastilla. En su virtud, verificóse dicho día la imponente ceremonia de recibir en los Inválidos las banderas cogidas al enemigo, presentándose á continuación en el Campo de Marte los trofeos de la guerra de Italia á las tropas tendidas en orden de batalla y á la multitud, que se agolpaba para contemplar al vencedor de Marengo. Reinó en estos actos un entusiasmo indescriptible, y por la tarde hubo un gran banquete, brindando Bonaparte á los postres por el pueblo soberano. Es bien seguro, sin embargo, que el héroe del día, al dar tanto brillo á la fiesta, se propuso menos demostrar sus simpatías por la obra revolucionaria que tener ocasión de ofrecerse en espectáculo á las muchedumbres, para lograr una especie de apoteosis, que obtuvo efectivamente; y también quizá le impulsase á obrar de tal manera su deseo de desvanecer las esperanzas que en él seguían fundando no pocos legitimistas.

Porque no se imaginaban estos que el hijo de un modesto golilla de Ayaccio pensase en escalar el poder supremo, y observando cómo destruía ó alteraba los principios de la revolución, creían fácil inclinarle á restaurar el trono de los Borbones, no obstante haber

sido ya anteriormente objeto de sus repulsas. Tan ciegos estaban que, aun después de conmemorado con la ostentación que hemos visto el suceso que simbolizaba la ruina del antiguo régimen, consiguieron del conde de Provenza, tampoco ajeno á las ilusiones de sus partidarios, que escribiese una carta autógrafa á Bonaparte, instándole á salvar á Francia de sus propios furios y á restituírle su rey legítimo, con lo que, decía, «las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria». El intitulado Luis XVIII terminaba prometiéndole satisfacer con destinos importantes la deuda de sus abuelos y la suya propia. Fuese por distracción, fuese por indiferencia, el primer Cónsul nada contestó; pero el pretendiente, no queriendo desengañarse, le volvió á escribir deshaciéndose en lisonjas y extremando sus ofrecimientos. Esta vez, entendió Bonaparte que no debía guardar silencio, y respondió al Conde con sangrienta ironía: «He recibido, señor, vuestra carta, y os doy gracias por las cosas honoríficas que me decís en ella.—No debéis desear vuestro regreso á Francia, porque tendríais que pasar por encima de quinientos mil cadáveres.—Sacrificad vuestro interés al sosiego y á la ventura de Francia, y la historia os lo tomará en cuenta.—No soy insensible á las desgracias de vuestra familia; y contribuiré gustoso á que sea dulce y sereno vuestro retiro.»

Tenia esta carta la fecha del siete de Septiembre, y el veintitrés del mismo mes había otra vez ceremonias oficiales y regocijos públicos, con motivo de cumplirse el octavo aniversario de la proclamación de la República; pero, como si el primer Cónsul se propusiera dar á entender que estaba muy por encima de todas las ideas y partidos, la víspera hacía trasladar con gran pompa bajo la cúpula de los Inválidos los restos de Turena, el héroe favorito de la monarquía en la época de Luis XIV, y el veintitrés, en presencia de multitud de delegados que acudieron de los departamentos para asistir á la celebración del aniversario, colocaba en la plaza de las Victorias la primera piedra de un monumento destinado á guardar los despojos de Kleber y de Desaix, que quedó en proyecto.

Para cuantos juzgaban al primer Cónsul friamente, libres del desmedido entusiasmo que en la mayor parte despertaba su vertiginosa carrera de triunfos y conquistas, era evidente que no se contentaría con el ejercicio de la dictadura temporal que se arrogara, aunque ninguno pudiese sospechar hasta dónde remontaba su vuelo aquel espíritu soberbio y engreído, á impulsos de su ambición inextinguible; y él mismo, ya con interción, ya involuntariamente, dejaba con harta frecuencia traslucir sus aspiraciones.

En los días próximos de su ida á Italia, se complacía en elegir como asunto de sus conversaciones privadas la hipótesis de su muerte, espiondo la impresión que sus palabras producían en sus interlocutores, cuyos más recónditos pensamientos procuraba sorprender por este medio; mas le molestaba é irritaba que otro que no fuese él discudiese acerca de dicho tema. Hablando continuamente «de su fortuna, de su destino, de su estrella», parecía que se negaba la especie de misión providencial que se atribuía admitiendo la

posibilidad de su muerte repentina, tanto que, habiendo aducido Lord Grenville, entre otras razones para continuar la guerra, la de no ser posible tratar con un país en que todo pendía de la vida de un solo hombre, le contestó el *Monitor*: «Respecto á la vida y muerte de Bonaparte, esas cosas milord, están fuera de vuestro alcance.» A los ojos del endiosado caudillo, era ya signo de irreverencia, casi de rebeldía, mirarle como un simple mortal. No había conseguido, sin embargo, inculcar, ni aun á sus allegados y parientes, la supersticiosa creencia en sus misteriosos destinos. Sus propios hermanos, estando él ausente en Italia, discutieron la irrespetuosa suposición, formando cálculos acerca de las consecuencias probables del suceso, caso de ocurrir, y examinando hasta qué punto les sería dado compartir el poder con los herederos que la opinión señalaba al primer Cónsul y naturalmente, si personas ligadas á éste por vínculos tan estrechos se preocupaban de semejante problema, las que atendían al bien público más que á sus intereses privados y de familia debían planteárselo é intentar resolverlo, siquiera sólo fuese en conjetura, echándose á volar con este motivo diferentes nombres. De retorno en París, al enterarse Bonaparte de que se había designado como presuntos sucesores suyos á Carnot, á Moreau, á Lafallete, á Bernardotte y á los mismos Luciano y José, se quejó de lo que llamaban su traición, su ingratitud; no perdonándoles que se hubiese pensado en ellos para sustituirle, si faltaba, por más que los cuatro primeros nada hubieran dicho de donde se dedujese que alentaban la menor esperanza ó pretensión. Carnot pagó á poco con la pérdida del Ministerio la popularidad de que gozaba, el prestigio y la fama del general de Hohenlinden aumentar los recelos y prevenciones del vencedor de Marengo, el cual no quería que nadie pudiese llenar, ni aun en idea, el vacío que dejó deliberadamente en la Constitución del año octavo, para que, no viéndose detrás de su persona más que el caos, se le aclamase de nuevo como salvador el día que colmara la laguna existente estableciendo el principio de la herencia. Y no era dudoso para él que, si alguna resistencia encontraba, la vencería sin esfuerzo. Glorificábanle amigos y adversarios por sus últimos triunfos en los campos de batalla, y el bajo espíritu de adulación, enteramente desbordado, no hallaba límites ni freno. Sólo en el Tribunado resonaron algunas voces más imparciales que tendían en cierta manera á moderar los excesos de tanto servilismo, asociando al elogio del primer Cónsul el del general Desaix y recordando las hazañas de los soldados del Rhin al par que ensalzaban las del ejército de Italia. En la misma Cámara, Daunou se felicitó de la victoria de Marengo, que, á su juicio, permitiría á la libertad desenvolverse y afianzarse, pues el Gobierno, fuerte en lo sucesivo, no tenía para qué temerla; Girardin se expresó en términos análogos, refiriéndose especialmente á la libertad de la prensa, y algunos días después, el propio Tribunado volvió á manifestar sus sentimientos, revisiendo de gran solemnidad el elogio fúnebre de La Tour de Abergne, muerto en uno de los combates librados en la orilla derecha del Danubio. La Tour de Abergne era el último

ejemplar de un tipo que no debía conocer la nueva generación: antiguo oficial, sentó plaza de soldado, y Bonaparte le había concedido por sus proezas el título de primer granadero de Francia, siendo aún más admirable por su abnegación y por sus virtudes cívicas que por su heroísmo militar: pues bien, los oradores del Tribunado insistieron precisamente en realzar la modestia, el desinterés y la sencilla grandeza de aquel carácter de otros tiempos.

De todo ello, sin embargo, se burlaba en sus adentros Bonaparte, que seguía derechamente su camino. Empezaba á rodear su persona de la etiqueta y el aparato propios de una corte, donde pronto iban á verse damas de honor, maestros de ceremonias y chambelanes, con el nombre de prefectos del palacio. Quería tener para su recreo una residencia real, y lo quería de tal suerte que, cuando le brindaron la de Saint-Cloud, rehusó aceptarla, pero á poco se instaló allí, como si pretendiese significar que la ocupaba por su sola iniciativa. Los aristócratas que habían vuelto de la emigración, se regocijaban con el espectáculo que se ofrecía á sus miradas, llenaban los salones y la antecámara del primer Cónsul, [previendo ya el momento en que bastaría cambiar un nombre para restablecer la antigua monarquía. A Bonaparte, á su vez, le agradaba tener cerca de sí á los hombres del régimen caído, porque practicaban mejor que nadie el ritual de la hipocresía y la adulación. «No hay quien sirva tan bien como ellos»; solía decir. Desde su regreso de Italia, demostraba constantemente la predilección que le merecían, y el número de exclusiones que mandara hacer en las listas de emigrados alarmó á los compradores de bienes nacionales, siendo menester calmar sus zozobras dándoles seguridades en repetidas declaraciones. Al menos en este punto su ambición le sugería una política generosa, merced á la cual se borraron de las funestas listas todas las inscripciones colectivas, que comprendían á las mujeres, los hijos y los colonos. Su principal cuidado fué tachar los nombres de los eclesiásticos, en su deseo de ganarse la voluntad del clero, y, más todavía, la de Roma. Disimulaba, por tanto, muy poco en sus actos y tendencias el fin que perseguía.

Hacia este tiempo, Octubre de mil ochocientos, apareció un folleto anónimo, donde se revelaba sin ambages ni rodeos el pensamiento del primer Cónsul. Esta publicación, despertó tanto más la curiosidad pública cuanto que, no habiendo desde el diez y ocho de Brumario prensa verdaderamente política, como sabemos, no podía haber salido á luz sin un favor especial del gobierno que equivalía á una confesión. Pronto se supo, en efecto, que procedía del ministerio de lo Interior y que había sido dirigida bajo sobre á todos los funcionarios públicos. Se trataba de un paralelo entre César, Cromwell y Bonaparte: era su autor M. de Fontanes, y el inspirador, Luciano, que no lo había entregado á la publicidad sin someterlo previamente al examen y aprobación del primer Cónsul. En el Consejo de los Ancianos, Bonaparte había dicho: «¡Cébase en mí la calumnia, y este es el premio de mis intenciones tan puras, tan desinteresadas! ¡Se habla de César, de Cromwell; se me

atribuye el proyecto de fundar un gobierno militar!». Ahora, recababa como una gloria lo que entonces rechazara como un ultraje. ¡Qué cambio tan grande en el espacio de unos pocos meses! Y, sin embargo, lo único que habían variado eran las circunstancias: él siempre había pensado lo mismo. Según el autor del folleto, Bonaparte era no sólo igual, sino superior á César y Cromwell; pues éstos no supieron dar solidez á su obra, y él asentaría la suya sobre firmísimas bases mediante el principio de herencia. En esta palabra se concentraba todo el interés del folleto, y fué la única que se leyó. De la comparación con Bonaparte salía Cromwell muy mal parado; se calificaba al famoso Protector de facineroso, «digno, á lo más, de servir de modelo al feroz Robespierre ó al vil Orleans.» De los personajes históricos, únicamente César y Alejandro eran capaces de resistir al paralelo con el primer Cónsul, y todavía al vencedor de Pompeyo se le culpaba «de haber sido con demasiada frecuencia jefe de demagogos.» «También se habla de Monk, decía M. de Fontanes, pero ¿cómo creer, agregaba, que baste el bastón de mariscal ó la espada de condestable al hombre ante quien ha enmudecido el universo?..... ¡Feliz la República, concluía, si Bonaparte fuese inmortal!..... mas ¿dónde están sus herederos? ¿dónde está el sucesor de Pericles?..... Franceses, á cada momento estáis expuestos á recaer bajo la dominación de las Asambleas, bajo el yugo de los S..... ó el de los Borbones..... ¡Dormis al borde del abismo, y vuestro sueño es tranquilo, insensatos!».

A los políticos no podía sorprenderles la revelación clara y explícita contenida en el folleto; pero en la masa del país, entre las buenas gentes que sólo se ocupaban en trabajar y gozar de la tranquilidad y sosiego que habían renacido al amparo del enérgico gobierno del Consulado, cayó como una bomba. Habiendo tomado en serio el papel de héroe modesto y sencillo que la adulación adjudicaba á Bonaparte y que él mismo fingiera, ahora se llamaban á engaño, irritándoles la avidez insaciable de aquel hombre colmado de honores y de poder. Hasta los más moderados, que por hábito lo aprobaban todo, tacharon el folleto de inoportuno y prematuro, y los prefectos que no estaban en el secreto lo denunciaron como faccioso. Viendo que el golpe había marrado, el primer Cónsul resolvióse á desautorizar la malhadada publicación, interpelando violentamente á Fouché y abrumándole de reproches. Fouché, que estaba perfectamente enterado de todo, afrontó la tormenta sin inmutarse y se limitó á descargar en Luciano la responsabilidad de lo sucedido. «Ese imbécil no sabe qué hacer para comprometerme,» exclamó Bonaparte, y como era preciso que hubiese alguna víctima, Luciano abandonó el ministerio de lo Interior, si bien fué de embajador á Madrid. «Luciano, escribe Roederer en su Diario, afirma que conserva el original del folleto con cuatro correcciones de mano del primer Cónsul: por mi parte, lo creo.»

Con la aparición del librejo de que acabamos de hablar, coincidió la conjura tramada por Cerachi, Arena, Topino, Lebrun y otros ilusos, que desde mucho antes se preocupa-